

abundantes, obteniendo de ellos los gastos de explotación, y preparando así los pingües beneficios que debieran resultarle al alcanzar la parte rica de las vetas.

La obra de mayor importancia llevada á cabo por la Compañía Mexicana, es la del socavón del Aviadero, iniciada en la época del tercer conde de Regla. A poco de que la expresada Compañía había comenzado sus trabajos, se descubrió la bonanza del Rosario de Pachuca, que dió una utilidad de 10,000,000 de pesos, de 1852 á 1856, terminada la cual, siguió la de Cuattemotzin, sobre la misma veta, produciendo de 1870 á 1872, 3,000,000 de pesos. Al terminar estas bonanzas se siguió una era de dificultades y de sacrificios pecuniarios por parte de la Compañía, la que por medio de su director, el Sr. Landero, dió nuevo giro á la negociación, é introdujo economías trabajando vetas pequeñas y utilizando terreros de labores antiguas; esto ha dado por resultado que, sin tener hoy una mina en bonanza, obtiene anualmente de millón y medio á dos millones de pesos, que se emplean en los gastos de la misma negociación, teniendo en perspectiva una era bonancible.

Las minas de metal de plata pertenecientes á la diputación de Minería de Pachuca, y el estado actual de sus trabajos conforme á los datos suministrados por el Sr. D. Ramón Rosales, son las siguientes:

45 en explotación: Calderona, el Cristo, el Bordo, Guadalupe, Fresnillo, el Rosario, la Corteza, Xomulco, el Jacal, San Antonio, Valenciana, San Cristóbal, Dolores, La Luz, Guatimotzin, San Miguel, Guatimotzin, el Candado, San Pedro, la Gloria, el Porvenir, la Fortuna, Maravillas, San Eugenio, San Buenaventura, el Pabellón, la Zorra, San Agustín, el Trompillo, el Encino, la Camelia, el Sacramento, Guadalupe Hidalgo, Santa Gertrudis, San Cayetano, la Blanca, la Casualidad, el Refugio, la Virgen, San Salvador, Baja California, el Cuixi, la Magdalena, Santo Tomás el Nuevo, la Estrella, Dulce Nombre de Jesús, la Palma, y Bartolomé de Medina.

107 amparadas ó con trabajos de amparo: La Grande, la Esperanza, la Peñuela, Santiago, el Carmen, la Luz Tello, Iturbide, Zaragoza, Cal y caño, San Lorenzo, Santa Gertrudis, San Francisco, el Balcón, Santa Rita, la Llave, San Anselmo, la Entrometida, el Perro, San Nicancor, la Milanese, San Gregorio, Santo Tomás, el Brillante, la Constanza, Nueva Esperanza, la Providencia, la Luz de Santa Rosa, el Lobo, la Sorpresa, la Soledad, Santo Tomás Villanueva, la Luz, Compuerta, San José de Gracia, las Tres Marías, Humboldt, San Félix, Nueva Albión, San Miguel, San Clemente, Iturbe, Mier, Barron, Béstegui, Martínez de la Torre, Azurmendi, la Redención, el Muerto, el Redentor, el Diamante, el Zombo, el Gallo, Santa Teresa la Nueva, la Prosperidad, la Fatiga, San Guillermo, los Leones, la Carolina, la Malinche, Santa Elena, San Luis, el Potosí, la Concordia, la Amistad, el Hallazgo, el Clavo, la Esperanza, San Juan, San Felipe de Jesús, San Pablo, la Seguridad, San Pedro, Maravillas, Santa Teresa, Virginia, San Severo, San Luis, la Victoria, el Ciprés, San Patricio, Santa Elena, Rosario Viejo, Alta California, la Mexicana, San Miguel del Tajo, la Unión, la Esmeralda, la Santísima, la Luz de Pachuquilla, la Napolitana, Soledad de Santa Cruz, San Sebastián, San Pedro, la Cruz, Santa Herlinda, Dulce Nombre, Santa Catarina, Lambert, Altigracia, Santo Tomás Apóstol, Santa Gertrudis Nueva, la Previsora, Australia, la Reforma, Santa María, Santa Victoria, San Juan de la Lagunilla, San Miguel de los Santos, y San Nicolás.

5 sin trabajo: el Poder de Dios, la Paz, el Tesoro, los Angeles y la Malinche.

3 sin trabajo, y por lo cual están denunciadas: el Capulín, San Andrés, y Jesús.

Las haciendas de beneficio de Pachuca, son: Loreto, Purísima Grande, Purísima Chica, Guadalupe, Progreso, Candelaria, y Providencia. Según los datos que corresponden al año de 1883, la primera de dichas haciendas

benefició 99,684 cargas de metal, la segunda 30,137, la tercera 18,140, la cuarta 48,589, la quinta 13,800, la sexta 10,910, y la séptima 2,760, habiendo producido todas 48,377 kilogramos de plata.

**Pachuca.** Extensa y hermosa sierra, rica en minerales, que se levanta en el Estado de Hidalgo, entre los Distritos de Pachuca, Tulancingo, Atotonilco y Actopan. Caracterizan esta sierra sus hermosas y numerosas cumbres, coronadas por rocas monolíticas de pórfido ó de basalto, que afectan las figuras más caprichosas, tales son los órganos de Actopan, al N.E. de la población de este nombre; los Jaspes, las Monjas, Peña alta ó de Juan Martín, las Ventanas y Cerro Copado en la comprensión del Mineral Atotonilco el Chico; la Peña del Zumate al O. de Omilán; el Gallo y Cerro Gordo al S.O. y S. de Huazacaloya; la Peña del Aguila, la del Ahuizote, la del Gato, Peñas Coloradas, las Brujas, el Ciprés, el Xixi y Peñas Cargadas, el Guajolote, y por último, los peñascos de las Navajas, el Aguila, los Pelados, el Horcón, y el Jacal, con los *Metapiles* en su descenso N.; todas al E. del Real del Monte. La vertiente septentrional de la sierra descende á las llanuras del Grande y Huazacaloya; la austral al Valle de México; la oriental al de Tulancingo; y la occidental al de Actopan.

En cuanto al aspecto geológico y mineralógico de esta importantísima sierra, veanse Pachuca, Mineral del Monte, y Mineral de Atotonilco el Chico.

Comprendida la sierra de Pachuca en los límites que se han señalado, mide una longitud de E. á O., desde el monte de Cuyamaloya á los órganos de Actopan, de 45 kilómetros, siendo su latitud media de 15 kilómetros de Pachuca á la hacienda del Carmen en el río de este nombre.

La sierra de Pachuca era en otros tiempos muy notable por sus extensos bosques, que han sido talados para proporcionar el combustible necesario á las numerosas negociaciones mineras; habiéndose descuidado la plantación de nuevos árboles, hoy aparecen despojados de sus galas; hermosísimas cañadas que como la de la Virgen en el Real del Monte, y Omilán, podían considerarse como un verdadero prodigio de la Naturaleza. Esa inconsiderada tala de los montes se ha llevado adelante aun en los bosques vedados, á fin de no destruir con ellos aun los ricos manantiales que por todas partes de la sierra hacían sentir su benéfica influencia. Hoy solamente en el Mineral del Chico, y en alguno que otro lugar del Mineral del Monte, de Huazacaloya, y de Pachuca, se encuentran arboledas, que desgraciadamente irán desapareciendo si no cesa el sistema hasta hoy seguido para la adquisición del combustible necesario para alimentar las maquinarias de las minas y haciendas de beneficio. Los principales árboles son: el encino, abeto, oyamel y madroño.

En los montes se encuentran lobos, jabalíes, leopardos, zorros, venados, liebres, conejos. Entré las aves se cuentan gavilanes, zopilotes, gorriones, saltapared, paloma del monte, águila parda, y algunos pájaros estimados por sus cantos y hermosos colores.

**Pahuchi.** Rancho del Distrito de Iturbide, Estado de Chihuahua.

**Pachuquilla.** Pueblo de la municipalidad y Distrito de Pachuca, Estado de Hidalgo, con 469 habitantes; situado á 7½ kilómetros al S.E. de la capital del Estado.

**Pachuquilla.** Pueblo de la municipalidad de Almoloya, Distrito de Sultepec, Estado de México, con 426 habitantes.

**Pachuquilla.** Rancho del Distrito de Alatriste (Chignahuapan), Estado de Puebla.—Otro del Distrito de Tepeaca, municipalidad de Nopalucan.

**Padierna.** Rancho de la municipalidad de San Angel, prefectura de Tlalpan, Distrito Federal, á 4½ kilómetros al S.O. de la cabecera municipal.

En este lugar los días 19 y 20 de Agosto de 1847, e

valiente ejército del Norte á las órdenes del general Valencia combatió heroicamente contra las fuerzas invasoras norte-americanas.

Hé aquí cómo se describe ese hecho de armas en el antiguo Diccionario de Historia y Geografía:

“Por el rumbo S.O. del fértil pueblo de San Angel, distante de México cosa de tres leguas, hay un camino carretero amplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y pueblo de Contreras. Al nacer el camino, y á su izquierda, parte la senda que va al pueblecillo de Tizapán, cubierto de árboles frutales, y á sus orillas Mal País: á la derecha, en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el molino del Olivar, de los carmelitas; y más al O., esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve por entre un pequeño bosque blanquear la torre del pueblecito de indios llamado San Jerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hoyos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S.O. del camino, que guía por entre malezas y veredas incómodas á la carretera de Cuernavaca.

“A poco menos de una legua de San Angel está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni extenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo éste, se desvía al S.E. una pequeña y empinada loma, que los naturales llaman Pelón Cuauhtitla, y forma un punto eminente entre el camino que, subiendo, lleva á la Magdalena, y la vereda que abatiéndose al pie de las lomas, hundiéndose en el Pedregal, tuerce su giro al rumbo E., y conduce á la Peña Pobre, hacienda de las orillas de Tlalpan. Esta nueva senda está practicada en la lava volcánica del pedregal, la que esparcida en trozos desiguales hace penoso el tránsito. El S. de ella lo limitan varios cerros que se encadenan hasta el camino de Cuernavaca, descollando al principio de ellos el de Zacatepec; y al N. se extiende el pedregal escabrosísimo, que descubre de trecho en trecho, entre ruines arbustos y yerba salvaje, más bien grietas que veredas, por donde más que transitan, trepan y suelen escurrirse los nativos de aquellos lugares. Sobre ese pedregal, después de una hondonada que forman las aguas de la Magdalena, al pie de las lomas de Pelón Cuauhtitla, se levanta el rancho de Padierna, con cuartos humildes de adobe, y los más de los techos de tejamanil.

A los alrededores de este cuadro hay sembrados, y de distancia en distancia se descubren las haciendas, las fábricas, mansiones de la industria y del trabajo, embellecidas por una vegetación risueña y nuestro cielo espléndido y magnífico.

“Estos son los lugares en que en los días 19 y 20 de Agosto de 1847 combatió el ejército del Norte á las órdenes del general D. Gabriel Valencia, cuya batalla conocida con el nombre de Padierna, nos proponemos describir en este artículo.

“Ya hemos dado á conocer ese ilustre ejército, la fuerza de que se componía, su marcha rápida y penosa de Texcoco á Guadalupe, su tránsito por México, y su llegada alegre al pueblo de San Angel, el 17 de Agosto del mismo año.

“Anticipándose en un coche el general Valencia, llegó á San Angel á las doce del día, acompañado de algunos de sus ayudantes; se detuvo en la plaza para montar á caballo, é inmediatamente se dirigió á reconocer el camino que hemos descrito, tomando el rumbo de la Peña Pobre, lugar por donde se esperaba á los americanos. Reconoció por sí mismo los puntos que le parecían más practicables; hizo preguntas convenientes sobre si era ó no posible la conducción de la artillería, y complacido con aquella posición, dispuso se situasen unas baterías, y el centro de su campo en las lomas de Pelón Cuauhtitla, dejando encomendado el reconocimiento facultativo á los oficiales de Plana mayor, Cadena y Segura, con el gene-

ral González de Mendoza (D. José María), persona de conocida aptitud.

“Entretanto las tropas se alojaban convenientemente, la población hospitalaria de San Angel les prodigaba sus pocos recursos; abría sus casas á los oficiales, y las señoras hacían hilas y vendajes para aliviar á los veteranos del Norte, cuyos recuerdos de heroísmo y sufrimientos se les anticipaban en todas partes, captándoles universales simpatías.

“En el camino de Padierna á la Peña Pobre, y en los momentos de practicar la visita, el general Valencia supo por D. José María del Río, prefecto de Tlalpan, la entrada de los americanos á aquella ciudad y su dirección á la Peña Pobre; no obstante, consumió con aquel práctico su examen del terreno, rectificando sus juicios, desvaneciendo sus dudas, afirmándose en sus esperanzas y en su elección.

“Volvió el general Valencia á San Angel; conferenció con los oficiales facultativos; éstos habían trazado el croquis del campo, mostrando peligrosas algunas veredas, en que el general no se fijó detenidamente; pero se convino, á pesar de algunas opiniones disidentes, en que el lugar elegido era ventajoso, era seguro, y un péfido presentimiento de victoria alentó á las tropas y difundió el contento hasta entre los habitantes de la población.

“En la noche se presentó al Sr. Valencia D. Agustín Reina, pidiéndole armas para algunos individuos de la guardia nacional de aquel pueblo, que conocedores del terreno, podían auxiliar al ejército, guardándole las veredas excusadas del pedregal. En momentos se improvisó una corta guerrilla, al mando del mismo Reina, la que se colocó en esa noche á la orilla izquierda del camino de Padierna á la Peña Pobre.

“Todo hasta entonces presagiaba el triunfo; el general Valencia, si abrigaba miras ambiciosas, si escondía en su corazón algún otro sentimiento que no era el de la gloria de la patria, sólo mostraba en medio de su carácter, naturalmente impetuoso y abierto, deferencia al general Santa-Anna, fe en sus buenas intenciones. Decía frecuentemente á los que le rodeaban, que su división era auxiliar, que sin duda atacarían á San Antonio los americanos, y entonces moviéndose él por la retaguardia del enemigo, y acudiendo el general Pérez, cuya brigada se encontraba en Chimalistaca y Coyoacán, no era dudosa la victoria; que si por el contrario, él era atacado, entonces el general Santa-Anna los batiría por Tlalpan, cubriendo su retaguardia el general Pérez, que guardaba excelente posición.

“Contento, y con la enérgica elocuencia de su convencimiento, pintaba su campo como la llave de México, como el punto por donde impedía á los americanos, que cortando por las lomas de Tacubaya, nulificasen las fortificaciones de San Antonio, y apoderándose de Chapultepec, se hiciesen en momentos de la capital; así hablaba Valencia; y como este no es un escrito para dilucidar si carecía ó no de razón, nos abstenemos de toda clase de observaciones.

“En la mañana del 18 mandó Valencia á los zapadores, bajo la dirección del general Blanco, para que en la loma de Pelón Cuauhtitla construyesen las baterías, de las cuales sólo se levantó una, en que se colocaron cinco piezas. Hubo un ligero tiroteo entre la guerrilla de Reina y los americanos que se acercaron á examinar el campo.

“Se dió á reconocer al general Tornel de cuartelmaestre, y se mandó que se ocurriese por el santo, y se entendiese aquella división con Santa-Anna, que se hallaba en San Antonio. Circunstancias insignificantes que acompañaban estos actos, despertaron sordamente y en las tinieblas del silencio cierta desconfianza secreta, que después estalló escandalosa y funesta para la patria.

“Valencia dió parte de sus planes, de la posición de su campo, de sus temores, de sus esperanzas; dispuso

que el general Mejía, con su brigada, se situase en las baterías, lo que se verificó, y allí permaneció la noche del 18. Santa-Anna desaprobo las disposiciones de Valencia; le mandó retirarse á Coyoacán y Churubusco; esta orden sufrió observaciones de Valencia, que no supo disimular la profunda sensación que le causaba se frustrasen sus planes, y revivieron en su ánimo ardoroso ciertos recuerdos de Tula de Tamaulipas. La desobediencia del general Valencia formó después su proceso; pero es necesario atender, en obsequio de la verdad, á que no obstante las observaciones, se dispuso á cumplir con lo mandado, si el general Santa-Anna insistía en su orden, y en este sentido dejó las suyas al general Salas, al separarse de él á las doce de la noche del día 18.

“Las comunicaciones habidas desde San Angel hasta la noche de ese día con el general Santa-Anna, á que se alude en el párrafo anterior, fueron: un oficio del general Valencia, en que refiriéndose al reconocimiento del general Mendoza, con dos individuos de la plana mayor, dijo que el punto reconocido no era en lo absoluto defendible, y que creía conveniente retirarse por las razones que emite en su nota.

“El general Santa-Anna, en contestación, le mandó permanecer en dicho punto, previniéndole que sólo en caso que avanzara el enemigo se retirase á Tacubaya.

“El día 18 mandó el general Santa-Anna al Sr. Valencia, que en la madrugada del 19 marchara con sus fuerzas á Coyoacán, adelantando la artillería á Churubusco. Esta disposición provenía del concepto en que estaba, de que el día 19 debía atacar el enemigo la fortificación de San Antonio.

“En respuesta al oficio anterior, el general Valencia, no obstante lo que había expresado en su primera nota, incurrió en la contradicción de rehusarse á abandonar un punto que antes había calificado de insostenible.

“Entonces el general Santa-Anna, contentándose no más con notar la contradicción que existe entre la primera y segunda comunicación del general Valencia, convino en que permaneciera en la posición que ocupaba, y sin que expresase, como se dijo después, que debía obrar á Valencia bajo su responsabilidad.

“Con tales antecedentes dictó el general Valencia sus disposiciones para el siguiente día.

“El 19, al romperse las dianas alegres en medio de los vivas entusiastas y del resonar sonoro de los clarines, se puso en marcha con la pompa del triunfo el grueso del ejército. ¡Momento solemne! ¡Era hermoso ver flotar al viento las banderas santificadas por el plomo enemigo en las batallas! ¡Era tierno recordar con el nombre sólo de cada cuerpo sus sufrimientos del desierto, su ardor en la lucha! Se escuchaban las bandas; á que mezclaban sus relinchos los corceles; ardía la cuerda-mecha en los cañones; relumbraban las armas á los primeros rayos del sol naciente; y una población de amigos y de hermanos, con sus ojos llenos de lágrimas de interés, se agrupaba á bendecir á los rudos veteranos que llevaban consigo sus esperanzas.

“El general Valencia recorría las filas con una actividad prodigiosa; atendía á todo, animaba á los soldados; se captaba con su continente marcial sus simpatías.

“Al salir de San Angel envió al coronel Barreiro á Zacatepec á que estuviese en observación de los movimientos del enemigo y le avisase.

“Daremos ahora una idea del orden en que quedaron las tropas, en el momento de principiarse la batalla. En el rancho de Padierna, con una avanzada de caballería del 7º, y otra de infantería al mando del capitán Solís, estaba el 1º de línea á las órdenes de D. Nicolás Mendoza, en el reventón pedregoso que hemos descrito, al frente de la loma de Pelón Cuauhtitla. A la izquierda estaba el cuerpo de San Luis Potosí, y á la derecha los auxiliares y activos de Celaya, Guanajuato y Querétaro, que componían la brigada del mando del teniente coro-

nel Cabrera. En el lugar de las baterías estaba el general Mejía y el Estado mayor de Valencia, formando una segunda línea los batallones 10º, 12º, Fijo de México y Guarda-costa de Tampico. La reserva se colocó en Anzaldo, teniendo á sus órdenes el general Salas, que la mandaba, los cuerpos de Zapadores, Mixto de Santa-Anna, y Aguascalientes, parte de la caballería, que constaba del 2º, 3º y 8º de línea, y el Activo de Guanajuato; y apoyaban la derecha los regimientos 7º y San Luis.

“Entre doce y una del día, el coronel Barreiro se presentó al general Valencia, diciendo que los americanos subían el cerro de Zacatepec.

“Efectivamente, los enemigos, saliendo de la Peña Pobre, se dividieron en dos columnas principales: una subió al cerro de Zacatepec, y describiendo su marcha una curva, descendió á la falda del mismo, reuniéndose á la otra parte; y avanzando de frente amenazaron á las fuerzas nombradas del rancho de Padierna, situando sus piezas ligeras á la falda del N. del cerro. Entonces anunció el clarín: “enemigo á la derecha,” y se disparó el primer cañonazo sobre la sección de Zacatepec.

“Inmediatamente mandó el general Valencia traer de Anzaldo la reserva, y la colocó cerca de las baterías, dejando desguarnecido aquel punto. Avanzó también la caballería del mando del general Torrejón hasta colocarse entre la loma y Anzaldo. Este movimiento se ejecutó con un orden y con un concierto que todos admiraron.

“Entretanto, hubo algunos tiros de cañón de San Antonio y Coapa; se creyó que el enemigo atacaría por distintas partes; pero el general Valencia, consecuente con su primer plan, tenía atalajadas las mulas y todo listo para acudir al socorro de San Antonio en caso necesario.

“Entre dos y tres de la tarde se empeñó el combate, en todas las alturas de las inmediaciones había multitud de espectadores. Era un cuadro imponente y sublime el que se ofrecía á las miradas de todos.

“La avanzada que mandaba el capitán Solís hacía esfuerzos extraordinarios de valor; la artillería nuestra protegía su defensa; y las fuerzas de Padierna fulminaban sus tiros al mando del general D. Nicolás Mendoza, cuya presencia no les faltó un instante en los puntos de mayor riesgo. Entonces hacen los enemigos un empuje vigoroso; se escucha el alarido de sus hurras salvajes, y toman el punto de Padierna. En estos momentos salió herido el general Parrodi, que estaba inmediato á nuestras baterías. La retirada de Mendoza fué tranquila. Antes de tomar Padierna, los americanos se dividieron en dos fracciones: una que atacó aquel punto, y la otra que se emboscó por el pedregal amagando nuestro flanco izquierdo. El fuego de artillería no cesaba; los enemigos también generalizaron el suyo, jugando sus piezas de campaña con celeridad, y sus cohetes á la *congreve* con repetición. La voz del general Valencia se escuchaba en todas partes; animando á los cuerpos que se batían á pecho descubierto. Todos cumplían exactamente con sus deberes.....

“Los americanos, que se habían ocultado desde el principio de la acción en el pedregal, aparecieron por frente á Anzaldo, que por una falta imperdonable estaba, como hemos dicho, abandonado, avanzando en dirección á San Jerónimo. El general Valencia manda al regimiento de caballería de Guanajuato por el camino á que los contenga. Esta fuerza era insignificante en su número, é ineficaz por el arma á que pertenecía. Hay un corto tiro; queda cortado parte del regimiento; los enemigos atraviesan uno á uno y se emboscan en la arboleda que rodea á San Jerónimo, frente de la cual hay un plano de poca extensión, rodeado de lomas escabrosas; organizándose en el bosque, intentan una salida sobre el punto que ocupaba Valencia. Los avisos que desde el principio de la acción se habían mandado á los generales Pérez y Santa-Anna, se repiten ahora en vista del peligro inminente que nos amenaza. Ordénase á Torrejón, al ver la

tentativa del enemigo, que cargue con toda la caballería; ejecuta la orden decidido el general Frontera con el número 2; resuena el tropel de los caballos, y se percibe el ruido de los sables..... En estos instantes aparece sobre las lomas del Toro, que dominan el camino, la brigada del general Pérez, y en medio de sus músicas y vivas se despliega en guerrillas y en columna, y se prepara á atacar al enemigo en San Jerónimo. Compraba entonces Frontera con su sangre el lauro de los héroes; daba libertad á su alma generosa el plomo del invasor, y dejaba con su cadáver sangriento un recuerdo, para sus amigos, de ternura; para la patria, de gloria.

“El camino recto estaba cortado por los americanos, que pasaban con dificultad del Mal-Pais á San Jerónimo; pero las fuerzas que tenían allí eran aún muy reducidas, y cualquier esfuerzo hubiera bastado para restablecer la comunicación entre los dos ejércitos mexicanos.

“Pocos minutos antes nuestra situación era desesperada; estábamos cortados, cualquiera habría predicho la derrota; pero la situación cambia ahora enteramente; ahora los americanos son los cortados; ahora todo es favorable; y efímera, alumbrada la luz de la victoria por un momento nuestras armas desventuradas.

“Se toca retirada á las tropas del general Pérez por tres veces, y el general Santa-Anna permanece inmóvil con aquella división, cuya presencia había hecho vacilar al enemigo y temer al general Scott por el éxito de la batalla; pero el mismo hecho de no pasar por el camino, aun cuando era muy posible, hizo creer á la generalidad que Santa-Anna quería encerrar entre su división y la nuestra las fuerzas enemigas, y verificar de aquel modo su derrota.

“No obstante, la ocasión oportuna se había perdido. Luego se supo que cuando después de atacar el general Frontera llegaron las fuerzas de Santa-Anna, Scott hizo un movimiento de desesperación, como quien de repente se encuentra en un gran peligro. ¿Cómo se responderá de esta inconcebible negligencia?

“Durante todo este tiempo de inmovilidad inexplicable de las fuerzas de Santa-Anna, el fuego se empeñaba en varias direcciones; los cuerpos todos competían en arrojarse; el general Valencia redoblaba más y más sus esfuerzos. En lo más empeñado de aquella acción, el general Valencia dió muestras de un valor que nadie, sin villanía, se atreverá á negarle.

“Al punto de disponer el general Valencia la carga de caballería de que hemos hablado, mandó que se situara una batería á la retaguardia del campo. Luego que murió el general Frontera, frustrada su operación, quedó formada en batalla á la derecha del bosque, marchando á reforzarla el batallón de Aguascalientes, cuando se observó que los americanos de San Jerónimo hacían una nueva tentativa sobre el campo.

“Al oscurecer, repentinamente entre mil vivas hacen un esfuerzo nuestros soldados para recobrar Padierna. Allí trepa el comandante de batallón Zimavilla, al frente de su cuerpo, blandiendo su espada, alentando á sus soldados. Nuestras baterías los protegen con sus fuegos: Cabrera, con el resto de su brigada, lo sigue valientemente; se confunden los nuestros con los enemigos: una bala de cañón derriba la parte superior de una de las paredes de Padierna; y al disiparse el polvo, coronan nuestros hermanos vencedores aquel punto, con tan tenaz arrojo disputado, gritando y repitiéndose el clamor de ¡Viva la República!

“Después de las oraciones de la noche, y entre la lluvia, se oyeron algunos cañonazos en las lomas del Olivar de los carmelitas, donde estaba á esa hora Santa-Anna. Esto, que parecía su auxilio, era su despedida.

“Efectivamente, después de aquellos tiros descendió el general Santa-Anna del Olivar, y sus acompañantes en coro se jactaban de que con su presencia había libertado al insubordinado Valencia de la derrota. Las tropas que

fueron con el general Santa-Anna se retiraron después por su orden, dejando circunvalado á Valencia por todas partes, y yéndose á alojar á San Angel.

“A poco de haber llegado á dicho punto el general Santa-Anna, algunas personas, entre ellas el señor diputado D. José María del Río, le explicaron la verdadera posición del general Valencia, y entonces envió con sus órdenes á su ayudante D. J. Ramiro, á quien acompañó el Sr. del Río por veredas seguras, como práctico en el conocimiento del terreno.

“Muy distinto era el aspecto del general Valencia á la caída de la noche: persuadido de la permanencia en sus puntos de las tropas de Santa-Anna, viendo que conservaba sus posiciones, reconociendo corta su pérdida, y contentos y con denuedo sus soldados, soñó en el triunfo, se entregó á vanas demostraciones de gozo, y extraviado por él, dictó él mismo su parte, después por la derrota convertido en ridículo, y en que el despilfarro de empleos y condecoraciones produciría hoy cargos contra su persona, aun dado caso que hubiera triunfado.

“El campo quedó tan á cubierto como era posible; sirviendo de grandes guardias los cuerpos colocados en los puntos avanzados, y eran: en Padierna, la brigada de Cabrera; enfrente de San Jerónimo, Aguascalientes; en el puente, la brigada de Torrejón; y por la Fabriquita, la del general Romero.

“Los soldados no habían comido: después de la fatiga del combate no tenían ni un pedazo de pan, ni un leño para calentarse, ni un lugar en que reclinarse. Estaban traspasados por la lluvia, y sin embargo, no había una queja, ni una murmuración, ni un solo signo de descontento. El general Valencia se guareció en una barraca que había en el lugar de las baterías. A las nueve llegaron á ella Ramiro y del Río, diciendo que iban de parte del general Santa-Anna. Comenzaban á dar su orden, cuando interrumpió Valencia, preguntando dónde se hallaba aquel general. Se lo dijeron; se cerció entonces de la retirada de sus tropas; y ya enfrente de su horrible posición, en tono colérico, brotando fuego sus ojos, descompuesto, abandonando la circunspección y lo que á sí mismo se debía, prorrumpió en imprecaciones contra el general Santa Anna, en voz alta, en medio de todos, que participaron de su enojo..... El general Santa-Anna le decía que quería se pusiesen de acuerdo: el general Valencia, sin oír nada, sin atender á nada, frenético, continuaba sus quejas, hasta que dió por respuesta que le mandara la tropa y la artillería que tenía, y que no quería más. El Sr. Ramiro, en la declaración que dió sobre la conferencia que tuvo con el general Valencia, asegura que le llevó ya la orden de retirarse; pero tal aserto está en contradicción con el informe del general Salas, que asistió á aquella entrevista, y ha dicho que esa orden la llevó el ayudante de Valencia, D. Luis Arrieta, á las dos de la mañana.

“La impresión que produjo la noticia de la retirada de las tropas auxiliares fué horrorosa: entonces se tradujo como abandono criminal la inmovilidad de Santa-Anna en la tarde; y cundiendo rápido el descontento, el menos conocedor habría predicho la derrota del siguiente día. Efectivamente, esa noticia, relajando en lo absoluto la moral de la tropa, consumó aquella desgracia.

“Con todo, el general Valencia esperaba en la noche algún refuerzo, porque el mal temporal no era disculpa, puesto que nuestros soldados los sufrían también, y los americanos no tenían más techo que el mismo cielo.

“A las dos de la mañana, un ayudante del Sr. Valencia, como acabamos de indicar arriba, fué á decirle, de parte de Santa-Anna, que se retirase, clavando las piezas, inutilizando el parque, salvando sólo lo que fuese posible.

“La retirada se consideró como una cobardía: las posiciones de los americanos la hacían muy difícil, y el vilipendio de ella sobrecogió á todos generalmente. Rehu-

sóse á obedecer Valencia, ya bajo la influencia de la desesperación.

"Este nuevo mensaje hizo apurar más hiel á los que tanto estaban sufriendo. Padecían la vigilia á la intemperie, y en la tremenda espera, espera de agonía, de una derrota afrentosa y segura.

"A las cuatro, el general montó á caballo, reunió á algunos jefes, les preguntó su juicio, y la mayoría se sometió á su resolución. Ella fué que todos se colocaran en sus puntos.

"Al alumbrar la primera luz del día 20, todos volvieron con ansia sus ojos al rumbo de San Angel; y cuando se convencieron de que no había auxilio alguno, varios soldados abandonaron el campo desde entonces, y todos se abatieron profundamente. ¡La derrota estaba casi consumada!

"Al amanecer, las fuerzas enemigas avanzaron en tres columnas: una se dirigió á una altura que está á la retaguardia de la loma de Pelón Cuauhtitla, sobre nuestro flanco derecho; otra atacó por San Jerónimo; la otra permaneció entre Mal País, frente del camino recto, y se echó sobre el rancho de Padierna. La primera columna, arrojándose sobre nuestra posición con la mayor celeridad, arrolló la pequeña que se le opuso á las órdenes del general González de Mendoza, y desbordó nuestro campo. El general Valencia quiso contener aquel impulso con nuevas fuerzas; pero envueltas por todas partes, reducidas en instantes á un círculo pequeño, agrupadas, confundidas con las mulas del parque, las mujeres, los trenes, y todo, la derrota fué momentánea. Hubo esfuerzos estériles y heroicos que sería una ingratitude callar. El teniente coronel Zires se revolvió luchando con los enemigos: los generales Blanco y García trataban en vano de sostenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas.

"En estos momentos verificó su honrosa retirada de Padierna á Anzaldo el escaso resto de la brigada de Cabrera.

"El general Valencia condujo alguna fuerza de infantería sobre el enemigo; pero el círculo de fuego de los americanos ceñía como una serpiente nuestras fuerzas, y las ahogaba ya desordenadas, perdidas!

"Dos caminos quedaban: uno por las inaccesibles lomas de San Jerónimo; el otro por el de Anzaldo, ambos cortados por los americanos. Los que tomaron el primero, rodaban como un torrente de las alturas, revueltos en tropel, soldados, mulas, caballos sin jinete, heridos que poblaban con sus gritos el aire, y mujeres que dando alaridos, discurrían por todas partes como furias. Toda esta masa informe era atropellada por los enemigos, y á ella asestaban sus tiros los bárbaros vencedores.

"Al retirarse también en tropel confuso los que tomaron el camino de Anzaldo se encontraron con la columna de los americanos que había avanzado, y rompiendo sus fuegos, asesinaba á los nuestros. Allí algunos de los jefes hicieron tentativas valerosas para rehacerse. Salieron en este lugar heridos varios recomendables militares.

"Antes de llegar al puente que corta el camino de San Angel, anterior á Anzaldo, el general Valencia supo que Santa-Anna no había salido de San Angel sino hasta las seis y media, tomando el rumbo del Olivar, donde se cercioró de la derrota. Entonces, torciendo á la izquierda del puente, tomó por las lomas, con dirección, según dijo, á San Angel; pero lo disuadieron sus amigos, diciéndole que el general Santa-Anna estaba furioso, y en uno de sus ímpetus había dado orden para que lo fusilasen. Al saber esta noticia, tomó otro rumbo el general Valencia.

"En el puente merece una especial y honorífica mención el señor general Salas, que en medio del fuego, entre tanto desorden, espada en mano, se colocó á la cabeza de la caballería de Torrejón, detuvo un tanto la disper-

sión, é intentó cargar sobre el enemigo, hasta caer prisionero cerca del mismo puente.

"Tal fué la memorable derrota de Padierna. Cuando se consumó, sonrieron satisfechas la ambición y la envidia, y se vió próxima y casi inevitable la pérdida de nuestra hermosa capital."

**Padilla.** Villa cabecera de la municipalidad de su nombre, Distrito del Centro, Estado de Tamaulipas, fundada el 6 de Enero de 1749 por la caravana expedicionaria de D. José de Escandón. Se halla situada á la derecha del río de la Purificación, á 56 kilómetros al N.E. de Ciudad Victoria.

En 1824 esta villa era la capital, hallándose en ella instalado el Congreso que traslimitándose de sus facultades decidió, por una mayoría de cinco individuos, de la suerte del ilustre Iturbide, llevando á cabo la sentencia de muerte el brigadier D. Felipe de la Garza, á las seis de la tarde del 19 de Julio del año mencionado.

Hé aquí la relación circunstanciada, dada al Ministro de la Guerra, por D. Felipe de la Garza, del desembarco y muerte de D. Agustín de Iturbide:

"Excmo. Señor: Deseando satisfacer las miras de S. A. S. comunicadas por el ministerio de V. E. en órdenes de 27 y 28 de Julio, con relación á que informe los pasos, miras y palabras de D. Agustín de Iturbide, desde su desembarco hasta su muerte, entraré en los pormenores con la exactitud que se me encarga.

"En carta de 17 de Julio, número 192, dije á V. E. el modo y estratagemas con que se me presentó el extranjero Carlos Beneski, y que restituído á bordo con la licencia para el desembarco de su compañero inglés volvió á las cinco de la tarde del día 15 en el bote de su barco, dirigiéndose á la pescadería situada á una legua río arriba sin tocar en el destacamento de la barra, ignorando acaso que allí hubiera vigilancia. Saltó en tierra Beneski dejando el bote retirado con toda la gente de mar, y su compañero acostado, envuelto de cabeza y cara, cubierto con un capote; pidió un mozo y dos caballos ensillados para venir á la villa con un compañero, y mientras se le dieron permaneció en el bote en la misma disposición. A las seis de la tarde montó con el mozo que era también soldado nacional, arrimó el caballo á la orilla y tomando los del bote en brazos al compañero, lo pusieron en tierra: dejó el capote y montó á caballo con agilidad no conocida en los ingleses. El cabo Jorge Espino encargado de aquel punto, preparaba un correo qué despachó á poco rato con el parte de lo ocurrido, dando orden de que en la noche adelantaran á los pasajeros. Poco después hablando con el teniente coronel retirado D. Juan Manuel de Azunzolo y Alcalde, le dijo éste que el disfrazado se parecía en el cuerpo á Iturbide. El cabo en el acto hizo montar tres soldados, dándoles orden de alcanzar á los pasajeros y acompañarles ante mi presencia. A las cuatro de la mañana les dieron el alcance en el rancho de los Arroyos, donde los pasajeros dormían al raso, á las siete leguas de jornada: el tropel interrumpió su sueño, y pronto fueron informados del negocio que traían; Beneski resistía el acompañamiento tanto como lo exigían los soldados: propusoles que escribirían una carta para que uno la trajese, y se quedasen dos con ellos hasta recibir mi contestación: aceptaron dos; y escrita la carta, partió uno con ella: era bien tarde, y aún permanecía acostado el compañero cubierto sin hablar palabra. A las diez del día se presentaron los correos con poca ventaja, y en seguida marché con dos oficiales y los soldados que pudieron juntarse. Como á las cuatro y media llegué al citado rancho de los Arroyos, é informado de los soldados dónde estaban los pasajeros, entré en el jacal, y descubriendo á Iturbide me dirigí á él diciéndole: ¿Qué es ésto? ¿qué anda vd. haciendo por aquí? A lo que contestó:..... Aquí me tiene vd., vengo de Londres con mi mujer y dos hijos menores para ofrecer de nuevo mis servicios á la patria..... ¿Qué servicios? (le dije), si está

vd. proscrito y fuera de la ley, por el Soberano Congreso de México..... Contestóme: no sé cuál sea la causa; mas estoy resuelto á sufrir en mi país la suerte que se me prepare. Volviendo luego á Beneski, le reclamé el engaño que me había hecho, quien contestó que era militar, y que aquellas órdenes había recibido; Iturbide repuso que él lo había mandado así por tener el gusto de presentarse antes de ser visto; pues amigo, le dije, esa orden ha comprometido á vd.; contestó: *no puede remediarse*. En seguida le pedí los papeles que trajese, de que me hizo entrega, siendo los mismos que acompañé á V. E. en la citada carta del 17, y un pliego cerrado para el Honorable Congreso del Estado, que remití en la misma forma; saludó luego á los oficiales que me acompañaban; dijo que había querido venir á esta provincia, porque era justamente la que menos le quería, deseando evitar que un grito de cualquier zángano comprometiese la quietud y su existencia.

"Pregunté á Iturbide, qué gente traía en el barco, qué armas ó municiones, á que contestó: que su mujer en cinta, dos niños, porque los otros seis quedaban en Londres, sus dos capellanes, y un sobrino que llevó de México; dos extranjeros impresores, dos criadas y dos criados, que era todo su acompañamiento, además del capellán y tres marineros, sin otro armamento que cuatro cañones, y sus correspondientes municiones propias del barco. Se mandó ensillar, sirviéndose el chocolate á Iturbide, quien dijo que era el primero que había tomado después de su salida de México; se habló en seguida de los partes que se me habían dado de la costa, á que contestó Iturbide que él no se había disfrazado, que estuvo acostado por el mareo continuo de los viajes, y que los pañuelos se los amarró por los mosquitos.

"Con el mismo vestuario de levita y pantalón negro, tomó la silla ligero á pesar de ser muy mala, llevando muy bien el caballo que no era mejor; y hablando con referencia al campo, dijo que era muy apreciable el suelo natal.

"Después de algunas horas me preguntó la suerte que debería correr, y contestándole que la de muerte conforme á la ley, dijo: no lo sentiré..... si llevo el consuelo de que la nación se prepare y ponga en defensa; que estaba bien instruido de las tramas que se urdían en los gabinetes de Europa para restablecer su dominación colonial. Dijo además, que tenía documentos con que acreditar que á él mismo le habían querido hacer instrumento de sus miras, y que pérdida la esperanza le perseguieron de muerte, obligándole á salir de Liorna con inmensos trabajos y peligros. La noche é incomodidades del camino cortó la conversación hasta llegar á la villa, donde se le puso en prisión con el compañero, bajo la responsabilidad de un oficial con quince hombres. Sirvióse la cena, en la que distinguió los frijoles, y un catre de guardia que después se le puso. Beneski repugnaba ocupar una mesa desnuda, é Iturbide le dijo: *nunca es malo lo que el tiempo ofrece*.

"El 17 despertó algo tarde, sin duda por haber escrito parte de la noche, y á las diez se le mandó disponer, para morir á las tres de la tarde; púsose en pie, oyó con serenidad, y dijo: Ya consiguieron los españoles sus deseos; contestó luego: diga vd. que obedezco; pero que se me haga la gracia de que venga mi capellan que está á bordo. Siguió escribiendo, y cuando volvió el ayudante con la negativa, entregó en borrador una exposición para el Soberano Congreso, rogándole la pusiese en sus manos, y que se le permitiese hablar conmigo.

"Esto le fué negado; pidió en seguida un sacerdote, y que se le diesen tres días para disponerse como cristiano.

"Algo inclinado me ocurrió también que este tiempo, podía presentarlo al Honorable Congreso del Estado, y salvar la duda de si se hallaba en el caso de la ley, aun que no la supiese: me decidí por esto, avisándole que se

suspendía la ejecución, y dí la orden de marchar á las tres de la tarde.

"Poco después me mandó la carta que incluyo, informándome en ella que me había llamado para hablarme con respecto á su familia, y no comprometerme en manera alguna; suplicándome además, que se le dijese á qué congreso lo iba á mandar, y que se le devolviese el borrador de su tercera exposición. Devolviósele éste, diciéndole que iba al congreso de Padilla, y sobre la marcha tendría lugar el encargo de su familia.

"Llegada la hora se le presentaron caballos regularmente aderezados; montaron encargando una pequeña maleta y un capote, y marcharon á la vanguardia con la misma custodia. Iturbide saludó con la mano á la tropa, y al pueblo reunido en la plaza. En seguida salió yo con el resto de la tropa hasta cuarenta hombres, y un religioso que dispuse me acompañase.

"Sobre la marcha me encargó que viera con caridad á su familia, más desgraciada que él; yo le ofrecí cuanto estuviera de mi parte hacer en su beneficio, y él repuso que de Dios tendría el premio. Añadió que sentía seis hijos que dejaba en Londres con asistencia sólo para seis meses, de que iban vencidos dos; que si quedaran en su patria hallarían hospitalidad ó algún terreno que trabajar para vivir; que había salido de Londres por amor á su patria y por necesidad, pues no le quedaba más dinero ni alhajas de él y de su mujer que una docena de cubiertos. Continuó hablando de los trabajos de Italia para substraerse de la liga, las dificultades que después tuvo para que saliera la familia, y concluyó afirmando, que el interés de las Américas no era de España solamente, sino común á la Europa, así por la riqueza, como por afirmar sus tronos amenazados de la libertad americana.

"Le pregunté qué datos tenía de la invasión europea contra la América, y dijo, que á bordo en sus papeles los había positivos; que eran públicos los alistamientos y las armadas navales de Francia y España; que la protección inglesa era nula, ni podía creerse que el gobierno de aquella nación quisiese nuestros progresos en la industria y en las artes con menoscabo de los suyos.

"Tocamos en el paraje del Capadero donde se hizo alto, y pasó la noche; la guardia con los presos se situó como á cincuenta varas del campo, é Iturbide llamó al religioso para hablar de conciencia.

"A las cuatro de la mañana del 18 tomé la marcha; á las seis se hizo alto en la hacienda de Palo Alto. La guardia con Iturbide desmontó en la caballeriza, concurre á misa devotamente, se desayunó después y marchamos en seguida. Era necesario asegurarse de la verdadera inteligencia del pronóstico para no despreciar lo que tuviese de cierto, y desde aquí me propuse instruir de otro modo.

"En el paraje llamado de los Muchachitos donde se teé, hice formar la partida; díjela que los pasos y palabras de aquel hombre me parecían de buena fe, y que no sería capaz de alterar nuestro sosiego; que la ley de proscricción necesitaba en mi concepto aclararse por el poder legislativo; que entretanto no se le trataría como reo; ni necesitaba más guardia ni más fiscal de sus operaciones que ellos mismos; que iba á ponerlo en libertad al frente de ellos, para que así se presentase en Padilla, á disposición del Honorable congreso, cuya resolución debía ser puntualmente ejecutada; hice llamar á los presos y les manifesté la que había tomado, diéronme las gracias tan sorprendidos, que Iturbide ofreciendo su entera obediencia á las autoridades, poco más dijo concluyendo con que no podía hablar. Preguntó luego si se le obedecería porque él no estaba hecho á mandar soldados que no lo hiciesen así; dijeron todos que sí, y yo repuse: "como vdes. no falten á mis órdenes, no tendrán compromiso."

"Retiróse la tropa; incorporé la guardia, y se dispuso